



LA FILOSOFIA DE LA HISTORIA: ¿UN ANACRONISMO?

Ramon ALCOBERRO

- **La filosofía de la historia como historia reflexionante.**
- **La doble herencia de la filosofía de la historia y el problema del historicismo.**
- **Los implícitos de la filosofía de la historia.**
- **«Plenitud de los tiempos», realidad y totalidad, conceptos centrales en filosofía de la historia.**
- **La filosofía de la historia como religión civil.**
- **Filosofía de la historia y leyes de la naturaleza.**
- **Filosofía de la historia e Ilustración.**
- **Por una filosofía de la historia en negativo.**

FILOSOFÍA DE LA HISTORIA – APUNTES

Pero que la vida necesita el servicio de la historia es algo que debe comprenderse tan claramente como la tesis —que se demostrará más tarde— de que un exceso de historia daña lo viviente. En un triple sentido pertenece la historia al ser vivo: le pertenece como alguien que necesita actuar y esforzarse, como alguien que necesita conservar y venerar y finalmente como alguien que sufre y necesita liberarse. A esa trinidad de relaciones corresponden tres maneras de abordar la historia. Así se distinguirá una historia *monumental*, una *anticuaria* y una *crítica*.

La historia pertenece, sobre todo, al que quiere actuar, al poderoso, a aquel que mantiene una gran lucha y necesita modelos, maestros o consuelo.

NIETZSCHE: *Sobre la utilidad y el prejuicio de la historia para la vida.*

LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA COMO HISTORIA REFLEXIONANTE

La palabra 'historia' en griego significaba básicamente 'narración', 'investigación', o 'exposición', y se usa para designar a la vez dos conceptos que convendría diferenciar porque se refieren a cuestiones muy distintas:

- 1.- El acontecer histórico, el encadenamiento o la marcha de los acontecimientos (en alemán: *Geschichte*).
- 2.- La narración que de tales hechos ofrecen los historiadores (en alemán: *Historie*).

Hay que diferenciar, pues, aquello que 'sucede' (el hecho) de lo que mediante su narración y puesta en valor como elemento simbólico se transforma en 'histórico'. Sólo en este segundo sentido reflexionaremos en las próximas páginas.

No necesariamente todos los acontecimientos del pasado tienen un significado histórico patente en si mismos, ni fueron tampoco percibidos directamente como significativos por sus contemporáneos. Sólo en la medida en que un suceso es narrado, y que retrospectivamente es valorado por un grupo, se convierte en algo histórico. La historia incluye necesariamente un criterio selectivo, por parcial, incompleto o interesado que éste sea. Cuando un hecho se convierte en 'histórico' se supone que contiene en si mismo algunas características que lo hacen digno de ser especialmente recordado, y le otorgan un especial significado pedagógico para un grupo. A partir de la Ilustración y el Romanticismo, la búsqueda del criterio (o de los criterios) que hacen de los hechos acontecimientos significativos, dio lugar a la aparición de dos conceptos metodológicamente centrales en el oficio del historiador:

- 1.- *Historiografía*, que designa el estudio de los discursos, los usos y las prácticas sociales que se consideran histórica y las técnicas de los historiadores, es decir, la manera de narrar la historia en un momento dado.

FILOSOFÍA DE LA HISTORIA – APUNTES

2.- *Filosofía de la historia*, que pretenden hallar un sentido racional al acontecer histórico y determinar unas reglas de significatividad para convertir los hechos en datos de sentido que permitan interpretar la realidad social.

A diferencia de lo que acontece con el filósofo, para un historiador el tiempo no tiene de suyo ninguna dimensión moral. Nociones morales como 'el bien' o 'el mal' no tienen sentido en historia aunque sí en filosofía de la historia. El tiempo de los historiadores es el de los acontecimientos; el tiempo de los filósofos de la historia es el de la significación (y muchas veces esa significación se confunde con el origen de los acontecimientos). Y el debate acerca de los criterios de esa significación (construida culturalmente y casi siempre novelesca), es lo que convierte a la filosofía de la historia en una disciplina problemática, por su mismo carácter mítico o, a veces, profético. Más todavía cuando para la filosofía de la historia la identidad de un grupo se constituye en tanto que continuidad a lo largo de un designio supuestamente fundador.

La tensión entre filosofía e historia es la que existe inevitablemente entre significación simbólica (filosofía) y hecho documental (histórico). Lo descriptivo y lo normativo no acaban de encajar jamás. Al historiador lo que le importan son los documentos, sin los cuales no existe significación que valga. Pero esos hechos solo pueden ser comprendidos al situarse en un contexto simbólico que es de suyo filosófico, en la medida que tener una historia significa, además, estar provisto de una de una identidad, de una inserción mental en el tiempo, e incluso de unos determinados hábitos perceptivos, sin los cuales el mundo deja de ser confortable.

Filosofía de la historia es la respuesta a la pregunta por el significado del pasado en el tiempo presente, por su posible sentido último (teleología), por su huella sobre las formas de pensar, por la capacidad del pasado para incidir en el futuro y por los criterios que otorgan significatividad a un hecho o acontecimiento y que permiten construir memoria o tradición.

En sentido amplio, la filosofía de la historia se plantea también cuestiones de fundamentación de la propia materia, como por ejemplo el problema de la 'verdad' en la historia, la existencia (o no) de leyes o constantes históricas, el sentido del tiempo (cíclico o lineal) y el problema del progreso y sus límites.

Para decirlo en el vocabulario de Hegel, la filosofía de la historia es «historia reflexionante», en la medida en que pone de relieve tanto la unidad de Espíritu (signifique eso lo que signifique) como la comunidad de cultura en que los acontecimientos se suceden y se dotan de sentido. De alguna manera, la filosofía de la historia para existir en cuanto tal necesita considerar axiomáticamente que ningún pasado ha muerto. De ahí el peligro argumental de las filosofías de la historia, especialmente cuando se ponen a resucitar espectros, o a suponer futuros supuestamente necesarios para pasados inciertos. Incluso sin tener una estricta conciencia racional de ello, desde el punto de vista de la filosofía de la historia el pasado vive en el presente en forma de narración – e incluso, a veces, especialmente cuando no se quiere asumir en cuanto tal, el pasado puede vampirizar al presente.

La historia factual se distingue, pues, de la 'filosofía' de la historia en la medida que la primera describe el tiempo de lo percedero y la caducidad (los imperios, las culturas), mientras la segunda tiende a poner de relieve el *sentido* de lo que acontece – ya sea empíricamente justificable o ideológicamente supuesto –. Los filósofos de la historia tienden a considerar la historia empírica, y la historiografía

FILOSOFÍA DE LA HISTORIA – APUNTES

que la describe, como el ámbito de lo caduco y de las ruinas, mientras que la filosofía de la historia vendría a ser una especie de 'hilo oculto' del tiempo, la explicitación de las líneas de fuerza de lo histórico en el nivel de la razón.

Que ese sea un proyecto *factible* (es decir, que no se limite a sublimar necesidades del presente), que sea un proyecto *deseable* (es decir, que evite el nihilismo), o que sea aún *posible* (es decir, que todavía el presente pueda interpretarse desde las categorías que nos legó el pasado) es una cuestión en todo caso digna de reflexión.

LA DOBLE HERENCIA DE LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA Y EL PROBLEMA DEL HISTORICISMO

La filosofía de la historia hereda una doble tradición cultural, griega y cristiana.

Los griegos distinguieron entre el tiempo de los dioses y el tiempo de los hombres (con lógicas no sólo distintas, sino incompatibles), y para los cristianos Jesús significaba la plenitud de los tiempos, ante la cual palidecía toda otra realidad. Por eso el tiempo se empezaba a contar a partir ese advenimiento. Con Cristo se realiza la unidad primordial (*pleroma*) del tiempo y de ahí arranca la historia renovada. La filosofía de la historia, cuyo contexto cultural es obviamente cristiano, tiende también a acentuar esa dualidad de tiempos, en que siempre hay un 'antes' y un 'después' de algún tipo de acontecimiento fundacional (una guerra, una declaración de independencia, un invento...), para poner el acento en el papel de la narración histórica como *magistral vitae* o en el supuesto sentido de la historia que en hipótesis llevaría en sí alguna lección moral o algún sentido (el progreso).

Tal vez por esa imagen de «a priorismo» histórico, tendente a la confusión entre hechos y valores y a solemnizar lo que muchas veces son hipótesis de trabajo harto dudosas, la filosofía de la historia goza de poco o nulo aprecio entre los historiadores, que prefieren hablar de historiografía (es decir, de técnica del relato histórico) para obviar la pregunta por el 'sentido' de lo histórico, cuya respuesta es más compleja y que demasiadas veces presupone una cierta militancia cultural, o directamente política. Hoy la 'filosofía de la historia' remite un ámbito francamente confuso, y tal parece que cada vez más desprestigiado, porque, equivocada o no, en nuestras sociedades crece cada vez más la sensación que el pasado dejando de ser una herramienta válida para comprender el presente (tecnológico). Si hoy la filosofía de la historia se bate en retirada como asignatura en muchas universidades es porque crece la sensación de que el exceso de pasado nos impide la lucidez ante el presente y porque no está nada claro si las sociedades tecnológicas pueden explicarse con los mismos mecanismos que las preindustriales o las industriales de la época anterior a Internet. El carácter apologético de muchas teorías de la historia huele a rancio. Y además ya es inútil para una sociedad cuyas fuentes de legitimación no son históricas. La Buena Nueva de nuestros contemporáneos no se comprende desde el pasado, ni desde el presente. Pero el concepto gozó de una gran importancia desde mediados del siglo 18 (cuando fue Voltaire quien, al parecer, lo acuñó) hasta mediados del siglo 20, cuando la reflexión sobre la historia fue siendo substituida como tema 'de impacto' por la meditación sobre la técnica.

Dotar a la historia de un estatuto teórico, o directamente filosófico, constituyó, en lo significativo y en lo retórico del proyecto, un logro de la Ilustración. Para entender el papel de la filosofía de la historia como pieza central del planteamiento ilustrado es importante entender que culturalmente la 'filosofía' ofrecía un proyecto secular de comprensión del mundo. La expresión 'filosofía de la historia' implica en su origen una negación, se presentaba como la alternativa a la 'teología de la historia' de tipo providencialista que se había entendido — de acuerdo con el

FILOSOFÍA DE LA HISTORIA – APUNTES

modelo cristiano, cuyo referente último fue Agustín — como una historia de salvación. Para los ilustrados la filosofía de la historia substituía las tesis de autores como Bossuet, que en su *Discurso sobre la historia universal* (1681) todavía leía el acontecer histórico en términos de designio divino.

Sin embargo, pese a los intentos del nacionalismo romántico y de Hegel, el intento de presentar la historia como voz o como trayectoria de la Razón no fructificó a largo plazo: la presencia de la Razón (así en mayúsculas) en la historia es tan complicada de justificar conceptualmente como la presencia de Dios. Y lo es porque las filosofías de la historia tienden a presentarse bajo un aspecto de supuesta omnisciencia (quien lo explica todo, no explica nada) y a substituir de una manera demasiado literal a Dios por la Razón, escrita en mayúsculas. Así las filosofías de la historia han acabado por aparecer como curiosas teodiceas laicas, más significativas por lo que pretenden ser en su profunda ingenuidad, que por lo que realmente dicen.

La acusación de «historicismo», que lanzó Karl Popper contra fascistas y comunistas a mediados del siglo pasado, y la experiencia brutal de las dos Guerras Mundiales, prácticamente terminó con la reflexión sobre el sentido interno de la filosofía de la historia para centrarse en el análisis de sus usos. La respuesta a un marxismo que presentaba la historia como ciencia, sin entender demasiado qué significaba la palabra «ciencia», fue insistir en la importancia de los procedimientos historiográficos.

La historiografía parecía «científica», mientras la filosofía resultaba trivial o retórica. Para quienes regresaron de las trincheras en 1918, y todavía más para quienes sobrevivieron a la 2ª Guerra Mundial, era muy claro que la fe en el progreso de la razón o en la esencia de la patria (grandes conceptos filosóficos), había terminado en pura carnicería. Y después de 1989, la conciencia creciente de que nos encontramos ante el «fin de la historia» teorizado por Francis Fukuyama tras la caída del muro de Berlín, casi se ha agotado definitivamente el ámbito de reflexión del historicismo filosófico, cuya época gloriosa transcurrió de Napoleón a la 1ª Guerra Mundial. Pero eso no significa que la reflexión sobre el sentido del trabajo del historiador y sobre el mismo significado del acontecer histórico pueda darse por concluido. En la medida en que con Internet ha empezado una nueva época de la cultura humana (llámese Globalización, Sociedad-Red o como se quiera), reflexionar sobre el hombre y la historia seguirá siendo necesario, aunque inevitablemente la reflexión se realice desde otros implícitos culturales.

LOS IMPLÍCITOS DE LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA

En lo fundamental, las filosofías de la historia defienden, o suponen implícitamente, cuatro hipótesis, todas ellas más que discutibles, y algunas directamente falsas, al menos en cuando se argumentan de manera lineal, y que constituyen, por así decirlo, el núcleo del planteamiento historicista:

- 1.- La historia (sea universal o nacional) tiene un sentido global (total) y no consiste en una serie absurda o contingente de sucesos diferentes o parciales, sino que adquiere su sentido más propio en la explicitación de un proyecto que es transhistórico en si mismo. No hay azar sino necesidad en el acontecer de los hechos.
- 2.- El sentido de la historia consiste en algo así como un gran relato encarnado, del que participan las colectividades, y como tal puede ser narrado y vivido con sentido por amplios grupos humanos. En ese relato se incluyen implícitamente opciones morales.

FILOSOFÍA DE LA HISTORIA – APUNTES

3.- Ningún acontecimiento aislado, por importante que haya podido ser en la vida de los contemporáneos, tiene sentido en si mismo o aislado de un contexto. Los acontecimientos que aparecen como significativos pueden ser añadidos o descartados como unidades del relato en la medida en que corroboran o se alejan del supuesto modelo ideal.

4.- *Historia docet.* La historia enseña. Los humanos podemos aprender sobre nosotros mismos algo significativo al participar y al heredar la historia.

Es importante destacar que ninguna filosofía de la historia es axiológicamente neutra. Así, se opta por un sujeto (sea la nación, la patria, la clase o la humanidad) y por unos valores (la tierra, la paz, el progreso, la justicia), de manera que implícitamente se puede creer que la historia actúa como tribunal de la razón: sus afirmaciones dependen de la atribución trashistorica de un 'sentido' a aquello que en principio sólo era un 'hecho' cuya significatividad trasciende a su estricto momento cronológico.

El problema central de todas las filosofías de la historia (y lo que las convierte en un problema para un historiador coherente), es su inevitable tendencia a 'corregir' los hechos, tendiendo a minusvalorar la versión que de ellos hechos ofrecen sus actores para encajarla, quiérase o no, de buen grado o a la fuerza, en una concepción supuestamente racional de lo que debiera suceder. La filosofía de la historia tiende a ser pedagógica y muchas veces es pedagógica sin hacerse la pregunta previa más obvia que sería la de si los humanos realmente podemos aprender algo de la historia o si, más bien, los humanos aspiran a olvidar el pasado.

El filósofo historicista tiende a substituir la encuesta paciente por la idealización, y lo que 'es' por lo que 'debería ser', adoptando un punto de vista que de tanto pretender convertirse en 'supraindividual' acaba siendo tan solo una generalización, el triste producto de un racionalismo 'abstracto' cuando no resentido. Por eso los filósofos de la historia tienden explayarse en la retórica y a una desagradable querencia por la perorata sobre 'crisis de valores' o sobre la 'existencia inauténtica'. La creencia marxista en que los actores históricos sufren una 'falsa conciencia' (están «alienados» por decirlo en jerga), está más generalizada de lo que se cree: acostumbra a encontrarse formulada de una u otra manera también en historiadores absolutamente conservadores y para nada marxistas. Uno se puede alienar en pasado, presente y futuro, desgraciadamente.

«PLENITUD DE LOS TIEMPOS», REALIDAD Y TOTALIDAD, CONCEPTOS CENTRALES EN LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA ROMÁNTICA

No todas las sociedades han estado enfermas de historia. Más bien al contrario, destruirla (terminar con sus vestigios de raíz) ha sido lo más habitual en las diversas culturas. La historización de la vida ha sido una característica de las sociedades industriales, casi como su contrario, el naturalismo (organicismo), fue una característica de las sociedades primitivas. Hoy, en la medida en que con Internet hemos entrado en una época postindustrial, se produce otra vez una fase de cansancio de la historia. Ya Nietzsche en sus *Consideraciones Inactuales* defendió que (1) hay demasiado pasado en nuestro presente y (2) que el pasado amenaza con convertirse en sepulturero del presente. Esa doble intuición nietzscheana no ha hecho más que ir tomando cuerpo especialmente con la irrupción del concepto de 'postmodernidad' que en el último cuarto del siglo 20 significó una impugnación irónica de los argumentos historicistas. Además, en las

FILOSOFÍA DE LA HISTORIA – APUNTES

sociedades postmodernas o postindustriales la misma noción de tiempo histórico se ha ido haciendo cada vez más confusa conforme la tecnología transforma las vidas humanas acelerándolas sin remedio en una carrera enloquecida.

Como sugirió el estructuralismo del siglo pasado en el mismo tiempo histórico hay muchos niveles estructurales de temporalidad que no necesariamente funcionan al unísono. Por eso el intento historicista de construir algo así como una 'teoría de la teoría' (al que los propios estructuralistas no fueron ajenos) fracasa siempre en la medida que le cuesta dar cuenta de la diversidad de enfoques y de relaciones que encierra un determinado tiempo histórico. El historicismo es un problema historiográfico derivado de las épocas en que parecía posible disponer de una única 'llave' capaz de dar cuenta de la diversidad de situaciones. Pero, ¿quién cree eso posible en los tiempos de Internet?

Sociológicamente, la aparición del historicismo, entendiendo como tal la situación en que la experiencia histórica substituyó o expropió a la experiencia inmediata o tradicional, es una construcción que está vinculada estrechamente a la urbanización y a la industrialización y al siglo 19. Cuando cambió el paisaje, es decir, cuando la ciudad y la fábrica, y ya no los campos o las montañas, se convirtieron en el entorno de la mayoría de los humanos, la historia, construyendo una memoria común desde la escuela obligatoria, se constituyó en una herramienta política crucial porque permitía unificar el imaginario colectivo, poblándolo de héroes (y santos) o de villanos (y traidores). La historia creaba sentimientos y «piedad patriótica». Para que la vida pudiese ser narrada con sentido al ser separada de la naturaleza, convenía mostrar el carácter supuestamente racional (necesario) del quehacer humano.

Siempre cualquier historia ha tenido un significado político, pero el historicismo constituyó la magnificación de este designio. Historia y construcción de una comunidad van de la mano. En toda Europa a lo largo del siglo 19, la escolarización obligatoria fue acompañada de la construcción obligatoria de mitos nacionales, casi inevitablemente imperialistas sea dicho de paso. En este sentido, el historicismo y la apoteosis de las filosofías de la historia es típica del auge de las universidades en el siglo 19, cuando por primera vez encontramos una 'carrera' de historia, con historiadores universitarios profesionalizados ocupando el lugar de los antiguos cronistas. La conversión de la historia en historia universitaria (y sujeta a un escalafón profesional) aceleró la aparición del científicismo.

Desde que en 1841 Leopold von Ranke (1795-1876) fue nombrado historiador oficial de Prusia, pasando del positivismo al providencialismo y al conservadorismo político, el historicismo, que en su origen había sido un método para la depuración de las fuentes históricas, pasó a ser no tanto un método cuanto un criterio: la justificación del patriotismo mediante la apelación a supuestas filosofías de la historia se convirtió en una propedéutica a la política nacionalista. Ranke había considerado que la función del historiador es: «explicar lo que ha sucedido», pero para él lo que sucedía en la historia, más allá del documento, tenía un sentido altamente providencialista (Ranke es el gran historiador del papado, cosa que conviene no olvidar). Esa vena providencialista, explotada por chauvinismos de todo tipo, constituye lo más lamentable del historicismo. Descubrir que la plenitud de los tiempos es una ficción es una necesidad para el crecimiento moral de los individuos y de las colectividades, pero significa también la derrota de la filosofía de la historia en tanto que supuesta (y obviamente falsa) historia 'sagrada'.

FILOSOFÍA DE LA HISTORIA – APUNTES

LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA COMO RELIGIÓN CIVIL

Con Ranke, y tras de él, las filosofías de la historia se han dedicado a construir y a justificar, con medios generalmente poco creíbles para cualquier espíritu crítico, e incluso a veces risibles (como en el caso del españolismo político unitarista), una especie de historia sagrada, un relato diseñado a la medida de cada régimen político (sea conservador o comunista, para el caso tanto da) que demasiadas veces resulta esquemático y lineal hasta llegar a la pura insignificancia. Se suponía que «el conocimiento de la historia ilumina el amor a la patria», en frase atribuida a Ernest Lavisse, o que la historia escribe «la novela de la patria». Sólo en apariencia la modernidad tecnológica significa una ruptura con la historia aunque demasiadas veces se presente la modernidad como una especie de ruptura de la tradición. La modernidad continua necesitando de la historia porque sigue necesitando una comunidad en que asentarse. La historia podría, pues, explicarse como una narración con origen (las 'raíces' de un territorio) y sentido en si misma (sentido que encarnan las fronteras 'naturales' o la población homogénea de un territorio).

Que esa narración más o menos sagrada conduzca directamente al matadero (o no), dependerá de la suerte que uno tenga en las páginas de novela, pero puede ser también algo del todo 'natural' caer heroicamente por la patria y por los grandes relatos. Ya en su *Apologie pour l'histoire* (1941) Marc Bloch se había planteado (cap. 4º) si había que «analizar o comprender», para proponer, en frase tantas veces repetida, que «nunca comprendemos bastante», y para afirmar que la historia «es una vasta experiencia de las variedades humanas, un largo encuentro de los hombres». Lo brutal y lo sagrado son tentaciones recurrentes de las filosofías de la historia cuando se convierten en religiones civiles y pretenden 'decirlo todo'.

Para acentuar su aspecto más dogmático de religiones civiles, algunas filosofías de la historia (especialmente el cristianismo que deriva de Agustín de Hipona y, más tarde, de Hegel y Marx) consideran incluso que existe algo así como un momento privilegiado en la realización de la historia, una teleología a la que todo apuntaba desde los orígenes, o una «plenitud de los tiempos», cuya perfección sirve como medida de todo lo demás.

El fin de la historia (al mismo tiempo su culminación y su finalidad racional), es decir, el dato que otorga sentido a todos los demás, puede ser la resurrección de Cristo, el advenimiento Espíritu Absoluto o la Sociedad Comunista... pero una vez realizado cualquier otro acontecimiento que pueda suceder no tendrá más que un sentido epigonal. En filosofía de la historia se tiende a proclamar cosas tales como que *la historia es 'magistra vitae'* o que *quien ignora la historia está condenado a repetirla* para acentuar su supuesta racionalidad. En este sentido la historia sería incluso un «tribunal» (tesis muy propia de Hegel y el romanticismo historiográfico) ante el que los hombres deben justificarse. Ordenar y fraccionar el tiempo (eso es lo que significa su 'racionalización') es el privilegio del filósofo de la historia.

Como ya hemos dicho, para quienes creen que la historia encierra alguna especie de filosofía, existe algo «más real», más significativo, en la historia que los propios hechos: su sentido. Hay algo así como un «desarrollo natural» de la razón humana que se plasma en la historia. La atribución de sentido a los acontecimientos justifica y sintetiza el oficio del pensamiento. Pero es piadoso no preguntar a un historicista lo que entiende por «desarrollo natural» porque se corre el riesgo de verle caer en la trampa de un puro galimatías conceptual. Según las filosofías de la historia, en los sucesos políticos y sociales se revela alguna especie de metafísica cuyo sentido supuestamente desvela el filósofo conocedor de los arcanos del Ser, más allá incluso de los acontecimientos y de los documentos.

FILOSOFÍA DE LA HISTORIA – APUNTES

En la medida que pretenden encarar el futuro desde el hecho fundador básico, y aunque no todas las filosofías de la historia sean historicistas, tienden a aparecer como 'historia sagrada'. O, alternativamente, tienden a considerar que, en última instancia, no hay diferencia entre historia y naturaleza.

FILOSOFÍA DE LA HISTORIA Y LEYES DE LA NATURALEZA

Todas las filosofías de la historia surgidas en el romanticismo, o de matriz romántica, se basan en una doble hipótesis: por una parte suponen que existe una 'verdad' en la historia (que ha de ser 'desvelada' por el filósofo, en función de intérprete del oráculo) y, por otra, que existen una especie de leyes que con carácter de 'totalidad' aproximan o identifican la historia social a la historia natural. Es decir, el historicismo supone que la historia se desarrolla sobre un cauce 'natural' que se manifiesta en el tiempo con sus propias contradicciones pero dentro de una lógica que la razón puede explicar internamente. El problema es que la historia no es la continuación de la naturaleza por otros medios (ni siquiera es una consecuencia de la geografía), sino que implica una ruptura con ella, que los filósofos de la historia tienden casi siempre a minimizar.

Inevitablemente, las filosofías de la historia sustentan, con el Marx de *La Ideología Alemana* (1845), que la historia no se puede oponer a la naturaleza, aunque algunas veces se postula que la puede superar. Mientras para la filosofía escolástica la única ley universal era la 'ley natural' (supuestamente ubicada en el corazón de cada uno de los humanos), en la modernidad el hombre no tiene naturaleza sino historia. Y en cierto sentido lo natural se hace histórico porque todo cuanto es natural evoluciona y cambia. Así se logra justificar que los movimientos históricos y sociales tienen un 'sentido', en la medida en que se sustentan sobre (presuntas) 'leyes' tan necesarias como las de la física.

Nietzsche en sus *Consideraciones Inactuales* (IV, § § 3 y 6) criticó el carácter de «teodicea cristiana disfrazada» de la filosofía de la historia, cuya única tarea consiste en «defender y excusar el presente». Hoy ya todos somos nietzscheanos en este respeto: la filosofía de la historia, sea cual sea su pretensión, tiene mucho de autojustificación retrospectiva. Cuando Marc Bloch ironizaba sobre el carácter de «fantasmas cómodos» de toda la caterva de sujetos históricos «terminados en 'us'» (*homo religiosus, economicus, politicus*) pretendía que los historiadores futuros no olvidasen la pluralidad de sentido de los hechos.

Que el historicismo puede matar, ha sido brutalmente puesto de relieve, por ejemplo, en el Holocausto judío y en el intento de genocidio contra la lengua catalana perpetrado por Franco. Tras la experiencia de dos Guerras Mundiales y una bomba atómica en el siglo 20, todo el mundo (o casi todo el mundo) sabe hoy que las filosofías de la historia sustentan hipótesis que en el mejor de los casos son naïfs; y que en el peor resultan peligrosas para la integridad física de las minorías, en la medida en que alguien se puede llegar a convencer de que algún ente más o menos abstracto (la raza blanca, la clase obrera revolucionaria, la Castilla Imperial o el Caudillo-de-España-por-la-gracia-de-Dios) encarna el sujeto histórico en grado eminente.

El debate sobre 'el ser de España' (concepto que dispone incluso de un artículo en la Wikipedia en castellano) sería, por ingenuo y apriorístico, un ejemplo algo tópico de esa metafísica de la historia, cuyos ejemplos más logrados se hallan en la historiografía totalitaria. De hecho, se sustenta en que el Estado es un «fin en sí mismo»; el cuerpo mismo del poder. Por eso, supuestamente, 'España' es algo así como un ente natural, con fronteras 'naturales', de religión 'naturalmente' católica e

FILOSOFÍA DE LA HISTORIA – APUNTES

idioma 'naturalmente' castellano. Y 'naturalmente' forjada en la lucha contra el 'moro' y en la 'natural' conquista genocida (ahora llamada 'encuentro') de América Latina. Parece sorprendente que alguien pueda llegar a tomarse en serio afirmaciones 'naturalistas' de índole tal. Pero así se escribe la historia, con el eficiente auxilio de los procedimientos de filtro ideológico que fija la universidad. Naturalmente, el debate sobre el 'ser' de Francia, de Occitania, de Euzkadi o de cualquier otro país oprimido adolece de las mismas deficiencias conceptuales.

Cuando alguien cree poseer la clave de la historia inevitablemente deja de hacerse preguntas morales porque, simplemente, ya 'sabe' que forma parte del bando que encarna el bien. Y lo más probable es acabe por aniquilar con perfecta buena conciencia a esos desgraciados (negros, musulmanes, catalanes, judíos o nativos americanos...) a quienes no les ha sido concedida por los Arcanos otra posición que la de parias y sumisos. El historicismo ha sido el dogma de fe y la buena conciencia de los genocidas. Al fin y al cabo: *España es Israel moderno, martillo de herejes, luz de Trento, cuna de San Ignacio...* (según célebre frase de Marcelino Menéndez Pelayo). Pero excesos similares pueden haberse dicho de casi todos los países del mundo prestos a caer en la más lamentable sobreactuación retórica. Resulta tremendamente fácil satirizar los endeble supuestos epistémicos sobre los que se asienta la filosofía de la historia pero no debiera olvidarse, por piedad y por decencia, a los millones de hombres, mujeres y niños asesinados por quienes (fascistas, falangistas o comunistas) creyeron encarnar violentamente el supuesto sentido histórico.

Sin embargo, y como tantas otras narraciones, la filosofía de la historia tiene dos aspectos tal vez tan inseparables como contradictorios: a parte de la cobertura ideológica de algunos de los grandes errores de Occidente (el etnocentrismo, el chauvinismo...), ha sido también un esfuerzo por dar sentido al absurdo al paso del tiempo y por racionalizar la comprensión de los cambios sociales. Y aunque hoy a un demócrata le produzca un poco de rubor releer a Spengler o a Ortega no toda la filosofía de la historia es basura ideológica. Que demasiadas veces el camino de la filosofía de la historia no lleve a ningún lado (o peor todavía, que conduzca a la justificación de lo intolerable), no significa que en su origen no hubiese sido interesante recorrerlo, especialmente en la medida en que la búsqueda de sentido más allá de los datos es una tendencia profundamente humana.

FILOSOFÍA DE LA HISTORIA E ILUSTRACIÓN

Cuando Voltaire en 1765 escribió *La filosofía de la historia*, su intención (que no su programa, pues, de hecho no había en su obra identificable como tal programa), era la de desmontar el providencialismo y situar la reflexión al ámbito de lo concreto. Para ello debía diferenciar la historia de la pura erudición pedantesca, construir un relato alternativo al del cristianismo y especialmente ofrecer un espacio a la idea de progreso, como nuevo relato de la 'redención', humana esta vez. Incluso cuando Ranke pretendía reconstruir la historia a partir de documentos «como realmente sucedió» [*wie es eigentlich gewesen*], se pretendía diferenciarla de la escritura literaria. De ahí la reivindicación del documento. La filosofía de la historia en la Ilustración tenía, sin embargo, algo de preventivo. Al pasar la escoba sobre las falsificaciones documentales (reivindicando la «verdad» y el testimonio 'empírico' del documento), la Ilustración creía estar garantizando la «autenticidad» de los hechos, por ingenuo que pueda parecer el propósito. Era por lo tanto, en su origen, un esfuerzo por hacer inteligible la historia, librándola del providencialismo y de la ficción beata e interesada.

Sin embargo, es importante recordar que la filosofía de la historia de matriz ilustrada explícitamente se niega a «*trouver bien ce qui est*», por usar la expresión

FILOSOFÍA DE LA HISTORIA – APUNTES

de Condorcet en el *Tableau historique* (1793-1794). Entender la filosofía de la historia desde una matriz ilustrada tiene muy poco que ver con la concepción beata y caricaturesca del concepto de progreso, sobre cuya crítica desde Adorno se ha hecho un exceso de retórica. La filosofía de la historia ilustrada tiene más que ver con los procedimientos de una disciplina (respeto por los documentos — y trabajo filológico sobre ellos —, perspectiva interdisciplinar...) que con una metafísica trascendente. Pero ese camino era esencialmente crítico, es decir, pretendía decir no a las ilusiones basadas en el pasado idealizado, cuya supuesta perfección y pérdida tanto lamentaron los ilustrados. La filosofía de la historia de Voltaire era una herramienta de crítica a la concepción teológico-política absolutista derivada de Bossuet y para entenderla sin caer en la caricatura es imprescindible comprender contra qué lucha: contra el miedo como instrumento del poder y contra quienes lo difunden. La ilustración es «impía» y esa impiedad forma parte de su núcleo mismo. A lo largo de los siglos muchos físicos, y muchos filósofos, han luchado para que la iglesia católica sacase del *Índice* de textos prohibidos a Galileo o a Descartes. Nunca se ha visto a ningún ilustrado solicitar que se elimine de esa curiosa lista de 'malas lecturas' a Voltaire, a Rousseau o a Diderot. Un ilustrado no necesita ser absuelto por nadie (y menos todavía necesita que le absuelva la historia). Sin embargo, la Ilustración es, digámoslo suavemente, un camino demasiado difícil para la mayoría de los humanos, que prefieren vivir de ilusiones y confundir sus deseos con la realidad. Por eso tiende a defraudar y por eso sus enemigos siempre tienen razón cuando la califican de «impía». El esfuerzo ilustrado por construir una historia total desembocó, por influjo seguramente no deseado de Kant y Herder, en una teodicea de la historia bajo el romanticismo (la perspectiva forzosamente romántica ya se encuentra en Kant, aunque envuelta en ropaje republicano). Con el uso ideológico conservador de la filosofía de la historia, ésta se volvió francamente ridícula, cuando no incluso «paranoica» en su esfuerzo por reducir la complejidad de los acontecimientos a la simplicidad de los esquemas.

¿QUÉ MODIFICA LA HISTORIA?

La historia es, y sólo puede ser, un relato, y de aquí que inevitablemente los debates sobre historia e identidad conduzcan a callejones sin salida – en la medida en que no se asume el carácter ficcional de las narraciones. La historia es una construcción conceptual del pasado a partir de una interpretación de los documentos que se hace desde el presente. Toda historia digna de ese nombre se basa metodológicamente en documentos interpretados (escritos o no); sin documentos, o solo con interpretación, no hay historia. Por eso la historia no es una novela, ni una invención. Pero la aparición de nuevos documentos, o las nuevas lecturas consistentes que puedan hacerse sobre lo ya sabido, no modifica el presente, sino el pasado. La historia solo es capaz de modificar el futuro en la medida en que éste se construye como proyección del pasado.

Cuando una nueva élite (o la irrupción de una nueva tecnología) irrumpe en la escena social, inevitablemente se modifica la percepción del pasado y se elabora una nueva imagen del presente.

La crisis de la historia en el cambio de milenio puede ser explicada en la medida en que la tecnología después de Internet cambia los datos del problema social y de la cultura. Hoy la cultura gira alrededor de la tecnología y ese hecho cambia la óptica sobre la que se analiza el pasado. La aparición nuevos ámbitos de investigación, como la historia del clima, de las mujeres, del medio ambiente, del postcolonialismo etc., puede entenderse como una expresión bastante mecánica de la importancia de la tecnología en el momento actual.

FILOSOFÍA DE LA HISTORIA – APUNTES

En historia existen falsaciones como en las ciencias físicas y biológicas, pero en un sentido mucho más elemental: simplemente un documento nuevo, más claro, o simplemente ignorado anteriormente, modifica nuestra comprensión de los hechos. El caso de la relectura del nazismo y del papel del fascismo, vinculada a la aparición de nuevos documentos, especialmente de la posibilidad de acceso a los archivos soviéticos después de 1989, es un ejemplo obvio de la que decimos. Pero esa falsación que modifica el pasado permite reinterpretar el presente y darle un nuevo sentido. De ahí que los gobiernos tengan tanto interés por controlar la historia que se enseña en escuelas y universidades.

POR UNA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA EN NEGATIVO

Hay un sentido en que resulta posible escribir sobre filosofía de la historia y no caer en el galimatías, ni en la pretensión de ser más sabio que sus protagonistas. A mi parecer, la filosofía de la historia puede tener sentido si y sólo si se hace en «sentido negativo», entendiendo como tal un triple proceso:

- 1.- La filosofía de la historia debe renunciar a cualquier intento de desvelar el sentido supuestamente último de los acontecimientos,
- 2.- La filosofía de la historia debe prescindir de naturalizar los acontecimientos, para mostrar la forma como se ha construido la narración histórica, que es siempre selectiva y simplificadora. Incluso si en vez de hablar de historia se prefiere la expresión «memoria histórica», no por ello la memoria es menos construcción.
- 3.- La filosofía de la historia debe traducir las categorías históricas de una época a otra sin olvidar que toda traducción es provisional e incluso que bien pudiera suceder que los humanos fuesen incapaces de aprender de la historia.

La filosofía de la historia convertida en teodicea es absurda y resulta incluso cínico (en el sentido vulgar de la palabra) suponer que un historiador o un filósofo pueden ejercer de jueces de la historia. No es imprescindible ser un lector de Walter Benjamin, para saber que los vencedores no tienen más derecho que las víctimas y que la ira de los derrotados es una fuerza que puede irrumpir de manera salvaje, como un viento del ayer que hunde las falsedades y la hipocresía moral del presente. Pero la historia ni es una teología, ni emite juicios: no absuelve, ni defiende. En la tesis de la filosofía de la historia como remedo del juicio universal falta el mínimo pudor exigible a personas decentes en la medida que la interpretación apriorística nos hace ciegos a lecturas nuevas.

En cambio, la perspectiva varía si se entiende la filosofía de la historia como el estudio de los procedimientos (prescindiendo del metafísico «sentido» de la historia) y si se trabaja sobre documentos fiables en el análisis del proceso de traducción de los conceptos en épocas distintas. Eso puede ser un programa de investigación porque no da por supuestos los resultados, que fue el error en que incurrió el historicismo.

En definitiva esa filosofía de la historia es «negativa» porque no es teología racional, ni juzga a los vivos por los muertos, sino que se esfuerza en el pathos de la comprensión en una pluralidad de interpretaciones.

FILOSOFÍA DE LA HISTORIA – APUNTES

Sólo es pensable una filosofía de la historia si se evita el pseudodeterminismo (geográfico, psicológico, económico) y se acepta, en cambio, que el hombre (en tanto que actor) es, como decía Bloch «la gran variable», imposible de racionalizar de forma absoluta. Si la filosofía de la historia pretende presentarse como racionalización y como teodicea, su sentido último no puede engañar a nadie: conduce a una pura y simple justificación del totalitarismo y además cae en el descrédito en la medida en que no está demostrado que el pasado esté condenado a repetirse o dé suficientes elementos para comprender el presente. Si, en cambio, se pudiese hacer filosofía de la historia «en sentido negativo», aceptando lo irracional de los acontecimientos y cuestionando los criterios de traducción del pasado al presente, entonces tal vez las cosas pudiesen ser vistas desde perspectivas distintas. La historia sería así la crónica de un «esfuerzo persistente», de una «progresión continua», para llegar a la racionalidad, por decirlo en términos kantianos. Términos a los que hoy habría que apelar sin el optimismo de Voltaire o de Kant, aunque con el mismo empeño crítico. Pero en filosofía de la historia eso que Marc Bloch llamaba «la superstición de la causa única» sigue desgraciadamente viva.

NOTAS PARA UN CURSO, Ramon Alcoberro. Reproducción exclusiva para uso escolar.

© de la ilustración que encabeza este texto: Richard Baker.